



LA TRADICIÓN VERSIFICADA EN ANTIOQUIA

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Consuelo Posada Giraldo*

Universidad de Antioquia

El interés por la versificación en Antioquia tiene antecedentes importantes en el siglo anterior. A finales del siglo XIX, Colombia fue cuna importante de estudios gramaticales, y los hombres de letras fueron personajes activos de la vida política nacional. Pero, más allá del interés gramatical, el investigador Malcom Deas mostró la obsesión colombiana por la filología y la gramática en el siglo XIX en Colombia, como parte de la contienda política entre liberales y conservadores.

Para Malcom Deas, la razón de este especial interés por los estudios del lenguaje hay que buscarla en la necesidad que tuvieron los liberales de enfrentarse a la capacidad gramatical de los conservadores. El debate político liberal-conservador estimuló directamente el estudio de la gramática y de la lengua. Los liberales se vieron obligados a participar en los estudios del lenguaje, pues la ventaja de los conservadores se volvía una amenaza política para sus enemigos de partido. Los conservadores dominaron la gramática, las leyes y los misterios de la lengua, y esta sabiduría fue un componente muy importante de la hegemonía conservadora que duró desde 1885 hasta 1930, y cuyos efectos persistieron hasta tiempos mucho más recientes (Deas, 1993: 28).

La estrecha relación entre la vida política y el interés en los estudios del lenguaje y la literatura generó una competencia entre sabios, que estuvo conectada con el ejercicio del poder. Aunque el tema del lenguaje fue un asunto de dominio conservador, muchos liberales participaron en el reto. Entre ellos figuró el general Rafael Uribe Uribe, uno de los políticos liberales de Antioquia más importantes de finales del XIX y principios del XX. Deas lo dibuja como diplomático, guerrero, combatiente en tres guerras civiles, amante de las actividades agrícolas y estudioso de la literatura. Publicó diversos periódicos, adaptó un texto de geología para el lector común, escribió cuentos para niños y fue autor de un denso trabajo de 376 páginas, publicado en 1887 como *Diccionario abreviado de galicismos, provincialismos y correcciones del lenguaje*. (Deas, 1993: 31)

Uribe Uribe se vio obligado a estudiar latín y preocuparse por los estudios de gramática, pues la presencia de Miguel Antonio Caro, conservador, filólogo y

* Magister en Ciencias e Historia de la Literatura, de la Universidad de Urbino, Italia. Profesora e investigadora de la Maestría en Literatura Colombiana de la Universidad de Antioquia.

latinista superior, enemigo político y vicepresidente encargado de la Presidencia de la República, representaba un obstáculo para el partido conservador.¹

Pero la posición destacada en estos temas la tuvieron los conservadores. El trabajo de los liberales con el lenguaje y los estudios de gramática aparece como otra faceta del reto político. Era necesario superar a los conservadores, y así la contienda lingüística fue sólo una continuación de la rivalidad política.

En general, los liberales rechazaron los estudios del lenguaje que suponían un apego a las normas tradicionales, y de esta manera prolongaban su diferencia y su oposición a los conservadores.

Esta consideración de los asuntos de la lengua como un tema de godos, se extendió a la ortografía y las normas del lenguaje que también avivaron las diferencias entre los dos partidos. El uso de la "y" en lugar de la "i" fue considerado conservador y reaccionario, y Malcom Deas cuenta que los congresistas acusaron a los conservadores de la Academia de la Lengua de rezar el rosario en sus sesiones y de escribir la "y". (Deas, 1993: 32). Recordemos que la Academia Colombiana de la Lengua había sido fundada en 1871 por Miguel Antonio Caro, José Manuel Marroquín y José María Vergara y Vergara, tres importantes hombres de la vida política nacional.

Luis Tejada, otro de los antioqueños liberales de la época, participó en la polémica contra la gramática. Como continuación de estos odios, Tejada descalfica la obra de Marco Fidel Suárez, conservador y filólogo, como "prosa barata, pulida y brillante, de admirable mediocridad" a pesar de su "perfección inexpressiva", y la compara con las nítidas imitaciones de la Venus de Milo, que se expenden a cinco dólares en los escaparates de las marmolerías. Para él, Suárez no es un prosista creador pues carece de la garra ingeniosa y de ideas nuevas, y concluye su crítica: "su literatura, sin ojos y sin alma, pasará como un agua clara y trivial, sin dejar huella perdurable" (Tejada, 1977: 76).

Así respondía, en 1924, la queja de Marco Fidel Suárez por la escasa simpatía que periodistas y literatos de la época mostraban hacia la gramática:

En las épocas de intensa agitación espiritual, en los momentos de revolución, cuando todo se subvierte o se destruye, la gramática salta hecha pedazos, junto con las instituciones milenarias. Todo profundo cambio social repercute en la gramática subvirtiéndola y renovándola también. Los hombres cuando tienen numerosos pensamientos inéditos, necesitan, para expresarlos, combinaciones inéditas de palabras, que naturalmente no están catalogadas en los textos ni estereotipadas en el lenguaje tradicional. (Tejada, 1977: 323)

1 Deas cuenta que para medirse en el Congreso con Miguel Antonio Caro, figura principal del gobierno en la década de 1890, Uribe Uribe debió contratar un discreto profesor de latín, pues el conocimiento de galicismos, provincialismos y correcciones era una ayuda básica en el ataque y la defensa. Después de tres meses de recibir lecciones, Uribe pudo decirle a Caro en un debate público que él no era el único latinista en el Congreso (Deas, 1983: 26).

En el mismo estudio se refiere a la literatura rusa del momento, como un ejemplo en el cual los grandes poetas de la revolución usan una lengua rejuvenecida que ha eliminado totalmente la ortografía clásica y la gramática de la época zarista. Y contrasta esta situación con Colombia, donde en lugar de los temores de Marco Fidel Suárez, la juventud "siente una enfermiza afición a la gramática" y relaciona esta tendencia con la incapacidad mental y la falta de inquietud espiritual que no permiten aplicar con plenitud la libertad de pensamiento. Por esto, agrega "nuestra literatura es la más retrasada, la menos inquieta, vigorosa y fecunda del Continente" (Tejada, 1977: 323).

También Antonio José Restrepo alternó su participación en política con sus trabajos sobre el lenguaje popular. Se enfrentó públicamente a los adversarios conservadores; y el adjetivo de *rata envenenada* con el cual se refiere a Rafael Nuñez en el prólogo de *Fuego graneado*, nos sirve para ilustrar el tono de su polémica (Restrepo, 1903: VII).

El rechazo de los liberales a los estudios gramaticales conllevó un rechazo a la manera tradicional como se enseñó la ortografía, que obligaba a memorizar insípidos versos rimados. El *Tratado de ortología y ortografía castellana* de José Manuel Marroquín, de obligado aprendizaje en la educación de la época, traía este ejemplo:

Después de l y de d se escribe v,
 como en adverbio, hilván;
 menos en malbaratado,
 bulbo, cuatralbo, silbar,
 balbuciente, mozalbete,
 y los que empiezan por alb,
 con manialbo y con galbana;
 pero siempre con v van
 alverja, alévolo y álveo,
 aunque principian por alb (Marroquín: 49).

Y este es otro ejemplo de ortografía versificada, también de Marroquín:

Las voces en que la zeta
 puede colocarse antes
 de otras letras consonantes
 son gazpacho, pizpireta,
 cabizbajo, plazgo y yazgo,
 hazlo, y hazlas y juzgar
 con pazguato, sojuzgar,
 hazte y los nombres en azgo (Deas, 1993: 29).

Para Baldomero Sanín Cano, el verso como procedimiento de mnemotecnia invadió las escuelas de primera y segunda enseñanza, y los versos flagelaron entre nosotros las mentes pacatas y desprevenidas de cuatro generaciones: "Por la rueda dentada de la ortografía pasaron como en interrogatorio inquisitorial las inteligencias y las incomprendiones de niños y jóvenes inocentes".

Trae a cuento la obra de don Ricardo Carrasquilla, en la cual aparecían "problemas de aritmética y álgebra" para el uso de las escuelas de Colombia, perpetrados premeditadamente en verso: "Si yo tuviera dos años menos y Juan, mi hermano, dos años más, los mismos juegos nos igualaran, teniendo entre ambos la misma edad" (Sanín Cano, 1977: 409).

Por los mismos tiempos, cuenta Sanín Cano, se distribuyó en las escuelas una curiosa compilación en verso de palabras y frases defectuosas con sus correspondientes correcciones. "Espantá, por Dios, el pisco, porque se traga el malvisco", decía uno de los párrafos cuidadosamente rimados (Sanín Cano, 1977: 409). Y agrega: "Es fama que en el Ministerio de Hacienda y Crédito Público se pensó en aquellos días poner en versos fáciles la tarifa de aduanas, osada y progresista empresa, desautorizada por el comercio, cuyos sumos sacerdotes han sido, por naturaleza, enemigos de los cabos rimados y eminentemente conservadores" (Sanín Cano, 1977: 409).

Rafael Uribe Uribe se refirió a esta "secta versificadora" que se propaga como una maleza nacional. En carta a los estudiantes Jesús Arenas y Pedro Luis Rivas, quienes le piden colaboración escrita para la revista *Albores* que han comenzado a publicar, los desalienta duramente frente al trabajo con la poesía y les pide que dejen la revista, dejen la literatura y tomen otro oficio. (Uribe Uribe 1959: 16):

Hace parte integrante de nuestra pobre reputación en el exterior la de impertinentes versificadores. Se tiene por sabido que el Ecuador produce tagua, cacao y sombreros; Perú, sal, azúcar y minerales; Bolivia, plata y estaño; Chile, salitre, cobre, vino y frutas; Argentina, cereales, carnes congeladas y caballos; Paraguay, mate y naranjas; Uruguay, charque o tasajo y extracto Liebig; Brasil, café, caucho, tabaco, algodón, manganeso y arena monazítica; y Colombia versos. Esa es nuestra industria, en eso nos ocupamos todos (Uribe Uribe, 1959: 16-17).

A esta educación poética que se extiende a otras ramas, opone la necesidad de los conocimientos útiles. Contra aburridas, eternas y nocivas lecciones de gramática e historia sagrada propone la enseñanza de principios esenciales necesarios para la vida práctica: lecciones de agricultura, higiene, industria, comercio y minería. "Todos los números de sus revistas literarias, así pasen del 13, no valen lo que un buen Manual de nociones agrícolas" (Uribe Uribe, 1959: 22- 23).

Finalmente, alaba el prestigio de hombres destacados de ese momento. Alejandro López, inventor de la máquina para desfibrar cabuya, Jorge Fety, explorador de las selvas del Ariari, Virgilio Barco y Gartner, pioneros de la apertura vial y del desarrollo mercantil. Finalmente, pregunta a los estudiantes refiriéndose a los trabajos de estos hombres de empresa:

¿Cómo no se fueron Uds. en esa expedición? Por quedarse haciendo versos. ¡Famosa ocupación y magnífico por venir el que con ella se les espera! Los compadezco y les digo que antes debieran cortarse con la izquierda la mano derecha, que emplearla en hacer frases: que lo único propio del hombre son los hechos, y que para abrirles campo es menester dar primero muerte a las palabras que sólo sean palabras: Pueden ser perdonadas las palabras que sean hechos; pero la mera verborragia, sobre todo la rimada "es el mayor flagelo" para un pueblo (Uribe Uribe, 1959: 24).

También Baldomero Sanín Cano (1977: 405) muestra el desprecio por la poesía. El poeta era juzgado como extraño y la poesía como un ejercicio peligroso de fatales consecuencias para quienes se daban al extravagante empeño de cultivarla.

Sólo la poesía jocosa recibía cierto aplauso, pero sobresalir en ella descalificaba al inspirado versificador para aplicar su talento a actividades de género más práctico. Si el poeta escogía el género sentimental, llamado entonces, y todavía por equivocación, romántico, su vida quedaba comprometida con una sentencia fatídica: "Hace versos", se decían las personas serias, para referirse a un joven inocuo, entre frases de compasión y mohínes desdenosos (Sanín Cano, 1977: 405).

Pero en Antioquia la mentalidad empresarial hizo que también los conservadores defendieran el ideal de lo práctico, en contra del apego general de los godos por los temas lingüísticos y poéticos. No obstante, el interés y el uso difundido de la versificación, las investigaciones muestran cómo los estudios literarios resultaron despreciables para la mentalidad utilitaria de los antioqueños.

El siglo XIX conformó en Antioquia un modelo de educación que estuvo asociado a lo práctico, lo provechoso y lo rentable. La elite económica antioqueña estuvo formada por hombres rudos y de escasa formación académica. Roger Brew (1977) los describe como trabajadores de las minas o de las pequeñas fincas de familia y comerciantes, primero de productos agrícolas en las tiendas al detal de sus pueblos, y después de oro durante el auge del comercio exterior.

Este grupo de comerciantes se configuró en la segunda mitad del siglo XIX como un conjunto de "hombres de empresa". Poseedores de la mínima educación formal necesaria, tuvieron una formación empírica tanto en el mundo del comercio como en las actividades de la minería (Brew, 1977: 68-83). Los conocimientos

prácticos fueron suficientes para el trabajo en las minas de aluvi6n y de filones, predominantes hasta finales del siglo XIX. La minería de veta, exigente en conocimientos técnicos especiales, aunque fue mínima frente a las otras formas de explotación, hacía necesario resolver problemas geológicos que determinaron la importación de técnicos extranjeros desde la década de 1820. Estos hombres, aceptados por sus conocimientos, su procedencia y alto prestigio social, y emparentados al final con las hijas de las mejores familias, reforzaron, en la clase alta antioqueña, la preferencia por un ideal de educación técnica y científica.

Los extranjeros llegados a Antioquia en el siglo XIX contribuyeron a reforzar el ideal de lo práctico. Brew los muestra como ingenieros, mecánicos y mineros calificados, que enseñaron las técnicas de explotación minera, realizaron obras de ingeniería, se desempeñaron como docentes en distintos centros educativos oficiales o en talleres propios, y le dieron prestigio a los estudios técnicos, colocándose como un modelo ideal del conocimiento, unido a la utilidad práctica. Uno de los más renombrados, el inglés Tyrell Moore, llegó a ser director de la Escuela de Artes y Oficios, fundada en 1870 con el propósito de "formar artesanos instruidos, laboriosos y honrados que con su conducta sirvan de ejemplo y que con sus conocimientos contribuyan al adelantamiento de la industria en el Estado", según reglamento (Brew, 1977: 81).

Esta Escuela, articulada a las necesidades de la industria minera, y de la industria militar durante las guerras de la independencia, contribuyó a desarrollar la habilidad técnica de los jóvenes de sectores populares, y nutrió durante las dos últimas décadas del siglo XIX la necesidad de artesanos calificados de los talleres de maquinaria semifabriles. Por aquí pasaron los estudios de cerámica que anteceden el nacimiento de una fábrica de loza entre Río Negro y Medellín, a finales del siglo XIX, y los experimentos en telares que facilitaron la futura industria textil. Esta Escuela explicaría, además, la familiaridad de los antioqueños con los procesos técnicos que facilitaron el posterior desarrollo industrial (Brew, 1977: 81).

El Colegio Provincial había centrado en Antioquia los diferentes esfuerzos que durante el siglo XIX se hicieron para adecuar la orientación de los estudios no sólo a las necesidades económicas de la región sino al ideal de formación de hombres prácticos en el comercio, la minería y la cultura técnica, en general. Pero estas metas se concretaron sólo a finales del siglo con la creación de la Escuela de Artes y Oficios (1870) y de la Escuela Nacional de Minas (1880).

Entre las clases altas se difundió abiertamente el ideal de una educación técnica, práctica y rentable. Y a mediados del siglo pasado los hombres más ricos empezaron a enviar sus hijos al exterior para estudiar carreras prácticas en la ciencia, la industria y el comercio. Para Safford, aunque la mayoría de los jóvenes pudientes terminaba estudios de química, mineralogía, agricultura, ingeniería civil o mecánica, la preocupación de los padres más que en los títulos académicos se

centraba en el respaldo que los estudios técnicos debían tener en las destrezas del entrenamiento práctico. Sobre este punto cita la carta de Pastor Ospina a su hijo Sebastián, en la que le recomienda emplearse como aprendiz en alguna fábrica o establecimiento donde se utilicen máquinas (1977: 128).

Esta actitud típicamente conservadora de finales de la década de 1850 en Colombia se ilustra, para Safford, con los consejos que Mariano Ospina daba a un amigo, animándolo a enviar a su hijo a una escuela de jesuitas en Jamaica o a una de Estados Unidos, para que pudiera ser entrenado como "industrial" y evitar así que pudiera aficionarse por la poesía o la vida política colombiana. Según él, todos los jóvenes "desean salir a ser poetas, escritores públicos, representantes y presidentes, oficios todos de poquísimos provecho" (Safford, 1977: 126).

También el presidente Ospina utilizó este consejo con sus propios hijos: los animó a dedicarse a actividades lucrativas en el comercio, la técnica o la industria, y les recomendó mantenerse alejados de las novelas y los versos. Si querían avanzar en las ciencias aplicadas "debían renunciar a la literatura que quitan el tiempo y fatigan la cabeza sin provecho". Y agregaba: "Me parece que de ninguno de nuestros Colegios sale un joven con deseo de trabajar, sino que todos desean salir a ser poetas, escritores públicos, Representantes y Presidentes, oficios todos de poquísimos provecho" (Safford, 1977: 126).

Los alentó en los estudios de la ingeniería pero los previno contra los riesgos de las teorías atractivas pero inútiles como la botánica, la zoología y la astronomía y les recomendó distancia frente a la literatura ya fuera en las novelas, poesía o elaboraciones retóricas (Safford, 1977: 127).

Sobre este punto deben recordarse las pocas oportunidades existentes en Colombia para seguir una carrera universitaria. En Antioquia, a pesar de los intentos continuos por organizar los estudios científicos, los logros fueron menores y aislados de las dos últimas décadas del siglo XIX. El profesor Luciano Brugnely es traído en 1837 para dictar la cátedra de Química y Mineralogía, pero estos estudios no se regularizan hasta 1856 con la llegada del profesor español Flores Damonte. En Medicina, según Manuel Monsalve, antes de 1870 todas las primeras generaciones estudiaron anatomía en un maniquí y solo en 1875 se conocen los primeros tres graduados. El estudio serio de las matemáticas se introduce, también, por primera vez en 1870 bajo la dirección del francés Eugene Lutz (Monsalve, 1940: 184-185). Sólo la Escuela de Minas (1880) abrió posibilidades más amplias de estudio, pero su funcionamiento se ve alterado por las guerras civiles que habían ya ocasionado continuos cortes a la educación del siglo XIX en Antioquia. Esta Escuela incorporó a los profesionales, hijos de familias ricas que habían podido hacer estudios técnicos en el exterior, pero no tuvo un número significativo de estudiantes después de la primera guerra mundial.

En el resto del país quedaban como opciones respetables la medicina o el derecho en la capital, porque los estudios literarios eran por fuerza despreciables

para la mentalidad utilitaria de los antioqueños. Pero aún el derecho recibió una campaña de desprestigio por parte de los abogados establecidos, quienes, argumentando el sobrecupo en estudios jurídicos, culpaban a los jóvenes profesionales de la inestabilidad política y del atraso económico del país (Safford, 1977: 122).

Safford coloca este interés por los estudios técnicos en el exterior como contracorriente en Colombia, por oposición al interés marcadamente humanista de Latinoamérica, y muestra como causas la necesidad de nuevas técnicas para la explotación de la minería, la corriente del comercio exterior en expansión en Latinoamérica que, aunque en menor medida en Colombia, fomentó una mirada hacia el exterior a mediados del siglo XIX, y la crisis política de los conservadores, quienes ante el fracaso de su partido acudieron al exilio o prefirieron enviar a sus hijos lejos de la actividad política colombiana, y orientarlos hacia carreras más rentables en el comercio o la industria (1977: 125).

La educación en Antioquia en el siglo XX se inicia con un nuevo llamado a lo práctico. Esta vez Carlos E. Restrepo, rector de la Universidad, en la reapertura posterior a la última guerra civil se lamenta del "predominio que tienen entre nosotros los estudios teóricos sobre los prácticos, las abstracciones sobre lo concreto y lo ideal sobre lo real...", y cómo "el sentimentalismo en la ciencia y la imaginación en las teorías han perturbado la noción de lo útil y el sentido común de lo indispensable" (Monsalve, 1940: 204).

BIBLIOGRAFÍA

- Brew, *El desarrollo económico de Antioquia desde la independencia hasta 1920*. Bogotá, Banco de la República, 1977.
- Camacho Guizado Eduardo. "La literatura colombiana entre 1820 y 1900", en: *Manual de historia de Colombia*. Tomo II. p. 613- 683.
- Deas, Malcom. "Miguel Antonio Caro y amigos: gramática y poder en Colombia". En: *Del poder y la gramática*. Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1993. p.9-60.
- Gutiérrez, Benigno. *De todo el maíz*. Medellín, Ediciones Autores Antioqueños, 1984.
- Marroquín, José Manuel. *Tratado de ortología y ortografía de la lengua castellana*. N/s/l: S.N, S.F
- Mendía, Ciro. *En torno a la poesía popular*. Medellín, Editor Antonio J. Caro, 1927.
- Monsalve, Manuel. *Libro de actas del muy ilustre Cabildo y Regimiento de la Villa de Medellín*. Medellín, Imprenta Departamental, 1940.
- Restrepo, Antonio José. *Fuego granado*. Madrid, Revista de Archivos, 1903.
- _____. *Ajé pique*. Medellín, Bedout, 1954.
- Safford, Frank. *Aspectos del siglo XIX en Colombia*. Medellín, Hombre Nuevo, 1977.
- Sanín Cano, Baldomero. *Escritos*. Colcultura, Bogotá, 1977.
- Tejada, Luis. *Gotas de tinta*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977.
- Uribe Uribe, Rafael. *La voz del héroe*. Medellín, Imprenta Departamental, 1959.